

Mié
11
Nov
2015

Evangelio del día

Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Martín de Tours (11 de Noviembre)

“Juzgad en favor del débil”

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 6, 1-11

Escuchad, reyes, y entended;
aprended, gobernantes de los confines de la tierra.
Prestad atención, los que domináis multitudes
y os sentís orgullosos de tener muchos súbditos:
el poder os viene del Señor
y la soberanía del Altísimo.
Él examinará vuestras acciones
y sondeará vuestras intenciones.
Porque, siendo ministros de su reino,
no gobernasteis rectamente, ni guardasteis la ley,
ni actuasteis según la voluntad de Dios.
Terrible y repentino caerá sobre vosotros,
porque un juicio implacable espera a los grandes.
Al más pequeño se le perdona por piedad,
pero los poderosos serán examinados con rigor.
El Dios de todo no teme a nadie,
ni lo intimida la grandeza,
pues él hizo al pequeño y al grande
y de todos cuida por igual,
pero a los poderosos les espera un control riguroso.
A vosotros, soberanos, dirijo mis palabras,
para que aprendáis sabiduría y no pequéis.
Los que cumplen santamente las leyes divinas serán santificados,
y los que se instruyen en ellas encontrarán en ellas su defensa.
Así, pues, desead mis palabras;
anheladlas y recibiréis instrucción.

Salmo de hoy

Sal 81,3-4.6-7 R/. Levántate, oh Dios, y juzga la tierra

Proteged al desvalido y al huérfano,
haced justicia al humilde y al necesitado,
defended al pobre y al indigente,
sacándolos de las manos del culpable. R/.

Yo declaro: «Aunque seáis dioses,
e hijos del Altísimo todos,
moriréis como cualquier hombre,
caeréis, príncipes, como uno de tantos». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17,11-19

Una vez, yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían:
«Jesús, maestro, ten compasión de nosotros».
Al verlos, les dijo:
«Id a presentaros a los sacerdotes».
Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios.
Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias.
Este era un samaritano.

Jesús, tomó la palabra y dijo:

«No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?».

Y le dijo:

«Levántate, vete; tu fe te ha salvado»

Reflexión del Evangelio de hoy

«Ansiad la sabiduría de Dios»

El autor del libro de la Sabiduría nos da una lección sobre el comportamiento que han de seguir quienes ostentan el poder, especialmente los reyes y gobernantes. Es importante, les dice que tomen conciencia que «del Señor habéis recibido el poder, del Altísimo la soberanía; Él examinará vuestras obras y sondeará vuestras intenciones». De modo que han de comportarse como ministros del Señor, no como poderosos absolutos e independientes, pretendiendo endiosarse y magnificando su autoridad. Porque Dios les pedirá cuentas de sus obras y con más rigor que a los demás, pues les fue concedida una responsabilidad y posición superior que a los demás. Su juicio será más severo y exigente por esa dignidad recibida, mientras que el Señor tendrá mayor piedad y perdón con el pequeño sometido al poder.

Esta es una lección que vale para todo el que se siente con preferencia o ascendencia sobre otras personas menos favorecidas. Aprender la Sabiduría de Dios, el recto juicio, la piedad y la compasión, son lo que Dios entiende por gobierno del Pueblo. «Porque los que guardaren santamente las cosas santas, serán reconocidos por santos, y los que se dejaren instruir por ellas, encontrarán defensa». Esta es también la sabiduría que Jesús nos enseña cuando nos dice «no he venido a ser servido, sino a servir»; o cuando contesta a los Zebedeos: «el que quiera ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor y el que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo»; o tantas otras palabras y actos de Jesús que podemos recordar.

La sabiduría y la salvación que Jesús nos enseña y nos trae es la del servicio, la de la cruz. Dejarlo todo en este mundo, despegarse de toda atadura que condicione nuestra vida de servicio a los demás; dejar todos los lazos que nos incapacitan para la generosidad y la entrega a los demás y vivir la alegría de darse gratuitamente y de todo corazón, porque en los otros encontraremos la sabiduría de Dios.

«Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros»

El episodio que narra san Lucas de la curación de los diez leprosos, como todos los milagros de curación, debe enmarcarse en la forma de actuar de Jesús. Jesús, Señor de la Salvación, cura las enfermedades corporales, incluso la muerte, para hacer patente la verdadera salvación que viene por la fe y la conversión hacia Dios. Jesús se presenta como fuente de vida y esperanza, como liberación completa del ser humano.

Pero esta narración tiene además otras intenciones en el universalismo de Lucas. Jesús está en la frontera entre las provincias de Galilea y Samaría, en un punto del camino inespecífico, donde diez leprosos le abordan de lejos y piden su compasión. Él se compadece de ellos y les ordena que se presenten a los sacerdotes, para entrar de nuevo, sanados, en la vida social de la comunidad. Uno de ellos, samaritano, al verse curado, vuelve para exclamar efusivamente la gloria de Dios, manifestada en la acción de Jesús. Y Jesús, sorprendido, pregunta «¿no ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo, Levántate y vete, tu fe te ha salvado.»

La bondad de Dios es un don para todos los hombres. El Evangelio es buena nueva para todos, y salvación para todo el que aprende la Sabiduría de Dios y acoge el Reino en su vida. Esa actitud abierta y acogedora de Jesús, que no hace distinción para curar a los enfermos y alaba la fe del «extranjero» que vuelve glorificando a Dios, es la actitud que ha de orientar nuestra vida en esta sociedad pluralista. Los distintos, los necesitados, los extranjeros, los más pequeños y desvalidos, han de ser los preferidos nuestros, porque son los preferidos de Dios. La compasión que Jesús demuestra es la que tiene que acompañar todos nuestros pasos y orientar nuestras actuaciones.

¿Dónde ponemos nuestros intereses en el actuar de cada día?

¿Tratamos con benevolencia y amor al distinto, extranjero, desfavorecido... poniendo nuestro esfuerzo en procurarle una vida más digna?

¿Fortalecemos nuestra fe en que todo viene de Dios y a Él sólo corresponde nuestra entrega y nuestro esfuerzo confiados?



D. Oscar Salazar, O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

San Martín de Tours

*Obispo
Panonia, hacia 317 - Candes (Francia), 8-noviembre-397*

Martín de Tours es uno de los santos más populares de Francia e incluso de Europa. Centenares de pueblos e iglesias (también en España) evocan su nombre. Son innumerables las vidrieras, imágenes y esculturas que representan la escena en la que un Martín, oficial del ejército, con 18 años y, siendo todavía catecúmeno, comparte su capa con un pobre desnudo, el único vestido que llevaba, puesto que el resto de sus vestidos ya los había repartido con otros pobres. Y, sin embargo, fuera de esta imagen legendaria, pocos son los que tienen ideas precisas de la vida de este hombre, cuya influencia ha sido grande en la Iglesia desde la antigüedad hasta hoy. La «Vida de San Martín», escrita por Sulpicio Severo, es la fuente fundamental en la que se han inspirado todas las biografías de San Martín, y en la que también se inspiran estas reflexiones.

Soldado de Cristo

Teniendo en cuenta los datos disponibles, podemos afirmar que Martín nació en el reinado del emperador Constantino hacia el 317, en Panonia. Sus padres, que gozaban de buena posición social, eran paganos. Si hacemos caso de Sulpicio Severo, Martín habría servido en el ejército de los 15 a los 20 años, siguiendo los pasos de su padre, que era oficial del ejército. Posiblemente fueron muchos más los años en que estuvo en el ejército, hasta el año 356. [...]

¿Cómo fue esta despedida del ejército? Martín se negó a participar en un último combate que le habría otorgado una gran distinción militar y un donativum. Cuando el César Juliano le selecciona para una decisiva batalla, Martín le responde: «Hasta hoy he estado a tu servicio: permíteme a partir de ahora estar al servicio de Dios; que acepte tu donativum quien tenga intención de combatir. Yo soy soldado de Cristo, no tengo derecho a combatir». [...]

Monje y obispo

Una vez dejada la milicia, durante la cual fue bautizado, fundó un monasterio en Ligugé, cerca de Poitiers, donde practicó la vida monástica bajo la dirección de San Hilario.

Fue elegido obispo de Tours en julio de 371, por elección popular. [...] Tras un episcopado de 26 años, murió en noviembre de 397, a la edad de 81 años. Trabajó en la formación del clero y en la evangelización del mundo rural, combatiendo con habilidad y prudencia las supersticiones populares, sobre todo las paganas, logrando numerosas conversiones. Su modo monástico de vivir, incluso siendo obispo, su dedicación a la oración y contemplación, no sólo no le impedía dedicarse a la actividad apostólica, sino que ésta era tanto más eficaz cuanto que estaba motivada por una vida ejemplar que bebía en las fuentes de la oración.

Defensor del débil y del oprimido

Además de la famosa escena de Martín compartiendo su capa con un pobre, hay otra menos conocida, pero no menos significativa: siendo ya obispo, y yendo hacia la iglesia, se encontró en pleno invierno con un pobre semidesnudo que le pedía un vestido. Martín ordenó al archidiacono que le vistiera inmediatamente, mientras él entraba en la sacristía. Como el archidiacono tardaba, el pobre, llorando y aterido de frío, entró en la sacristía y se quejó al obispo. Martín, entonces, le entregó la túnica que llevaba bajo el alba con la que iba a celebrar la misa. Cuando el archidiacono avisó al obispo de que era la hora de la celebración, éste le dijo que no entraba a la iglesia hasta que el pobre no estuviese vestido. Efectivamente, aunque el archidiacono lo ignorase, Martín se había convertido en ese pobre, que no llevaba ninguna ropa debajo de la vestidura litúrgica. Muy disgustado, el archidiacono fue a comprar un vestido vulgar, que se lo entregó al obispo, diciendo: «He aquí el vestido, pero el pobre ya no está». Martín le hizo salir, se vistió y salió a celebrar la Eucaristía».

La bondad y caridad de Martín se manifestó abundantemente a lo largo de su existencia. En esto, como en muchas otras cosas, su vida fue una auténtica imitación de Cristo. Como Jesús, Martín «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10, 38). Martín curó milagrosamente a muchos enfermos y expulsó a muchos demonios (o lo que su biógrafo y la gente de entonces consideraban como síntomas de posesión diabólica). Siendo obispo empleó toda su influencia ante los poderosos para defender a los débiles y, cuando fue necesario, no dudó en enfrentarse con los grandes de este mundo.

Mártir sin derramar su sangre

Puesto que en los primeros tiempos de la Iglesia sólo los mártires eran considerados santos y sólo a ellos se les daba culto, Sulpicio Severo, impresionado por la santidad de Martín, se cree obligado a decir: las circunstancias actuales no han podido asegurar el martirio de Martín, pero esto no impedirá que alcance la gloria de los mártires. «Sin verter su sangre», mereció «la plenitud del martirio... Pues, por la esperanza de la eternidad, ¿cuántos sufrimientos no ha soportado: por el hambre, las vigiliias, la desnudez, los ayunos, los insultos de los envidiosos, las persecuciones de los malvados, las atenciones a los enfermos, el cuidado de las personas en peligro? ¿Quién fue afligido sin que él no lo estuviera? ¿Quién escandalizado sin que a él no le doliera? ¿Quién ha perecido sin que él haya gemido? Todo esto, por no hablar de sus diversos combates de cada día, que mantuvo contra el poder del mal humano y del mal espiritual. En este hombre, asaltado por tentaciones de todo tipo, siempre triunfó el valor, la paciencia y la serenidad. ¡Cuánta bondad, piedad y caridad indecible la de este hombre! Una caridad que, incluso en un siglo frío en el que hasta los santos se enfriaban cada día, él ha perseverado hasta el fin creciendo de día en día».

Su muerte, como lo fue su vida, fue ejemplar y digna de todo elogio. Ocurrió en Candes, a cuya parroquia había acudido para restablecer la paz entre los clérigos. Cuando se disponía a regresar a su monasterio, le abandonaron las fuerzas. No quiso ninguna comodidad para su cuerpo, para dar ejemplo a los suyos de cómo debe morir un cristiano. «Con los ojos y las manos continuamente levantados al cielo, no permitía que su alma invencible cesase en la oración».

Un santo para nuestro tiempo

Martín de Tours es un santo para nuestros días. Sin estar nunca apegado a la tierra, su vida fue una permanente búsqueda de otra ciudad, la de Dios. Su gran caridad despierta nuestra responsabilidad frente a toda suerte de pobreza y de enfermedad. Monje antes que otra cosa, nos invita a mirar con ojos nuevos la vida religiosa. Obispo, es ejemplo de cercanía, de falta de ambiciones terrenas, y nos llama a destruir los ídolos que nos encadenan. Místico, nos conduce hacia Dios, como un guía seguro, siempre a la escucha del Verbo bajo la inspiración del Espíritu. En su vida se unen dos aspiraciones complementarias de toda espiritualidad cristiana: la oración o contemplación, que sabe hacer callar al mundo y buscar el silencio interior; y la actividad apostólica del soldado de Cristo que, como laico, monje u obispo, se compromete con sus hermanos los hombres y toma parte en todos los combates en donde está en juego el bien del prójimo.

Fr. Martín Gelabert, O.P.